

por la Junta Militar, con la eficaz ayuda de comandos parapoliciales y paramilitares, hicieron problemático el regreso; volver implicaba un riesgo real: el de mi propia vida. Es la única que tengo y no me gusta andar perdiéndola por ahí. Esa indudable amenaza convirtió mi viaje en un prolongado exilio.

Por entonces, los ideólogos de la Junta Militar habían ensayado una nueva definición y mezclaron, hábilmente, el criterio de emigración con el de exilio. Sólo se exiliaba a los subversivos, el resto partía por propia voluntad, se iban impulsados por esa incorregible costumbre argentina de abandonar el país. Bajo ese concepto, yo integraba esta última categoría.

Se hizo necesario organizar mi existencia en España. Había dejado de ser un viajero, no era un exiliado y no tenía ganas de ser un emigrado. Menuda tarea, buscar mi identidad en un país extranjero. Personalmente, no sufrí discriminación alguna. En aquellos tiempos aún no se había acuñado el término «sudaca», pero los españoles tenían una perspicaz manera de marginar. El hombre de Sudamérica admitido por las buenas conciencias siempre era «iberoamericano» o «hispanoamericano»; el no admitido era «suramericano». Borges era un escritor hispanoamericano; ese joven chileno, argentino o uruguayo que había sido sorprendido robando en un supermercado, era un delincuente suramericano.

Recuerdo que esas sutilezas del idioma, hábilmente utilizadas por la prensa oral y escrita, me producían cierta indignación. Sobre todo cuando yo mismo me sorprendía feliz porque me habían tildado de hispanoamericano; era un modo de ser admitido, aunque íntimamente me sintiese latinoamericano y, más íntimamente aún, sudamericano; escrito y dicho con «d», no con «r».

Pienso que estos matices van más allá del inocente sonido o el giro idiomático; están expresando algo más profundo y mágico. No se puede atribuir a la mera casualidad el modo en que los pueblos colonizados moldearon el idioma que les impuso el colonizador. Es un fenómeno que se repite en las cuatro grandes lenguas introducidas en nuestro continente. Más allá de la natural incorporación de nuevos léxicos, el castellano, el inglés, el portugués y el francés se hablan, en América, con una inflexión diferente a la utilizada en sus respectivos países de origen. Y aunque esas palabras «hay que oírlas, no leerlas» (como diría Borges), actuaron contundente-

mente en la literatura americana. Al verme obligado a vivir fuera de mi país, el tener que no «escuchar» argentino por un tiempo imprevisible, confieso que me alarmó como escritor: ¿hasta qué punto se iba a alterar mi lenguaje y hasta qué punto iba a inquietar mi escritura?

En aquellos días se había modificado el criterio del escritor latinoamericano que vive y produce en Europa. Recogíamos la herencia de los 60, con dos hechos que íntimamente se vinculaban: la revolución cubana y el vociferado *boom* de la literatura latinoamericana. Hasta los 60 era común viajar a Europa en busca de las fuentes. «Para que nosotros tuviéramos ese libro —escribe Borges, refiriéndose a *Don Segundo Sombra*— fue necesario que Güiraldes recordara la técnica poética de los cenáculos franceses, y la obra de Kipling que había leído hacía muchos años». A partir de los 60, sin negar esas fuentes, la obra de cualquier escritor latinoamericano (viviese o no en Europa, la produjera o no en Europa) estuvo concebida desde la meticulosa lectura de los mayores escritores de América latina. Se «escribía» en Europa con «lecturas» latinoamericanas.

La distancia, sin embargo, alentó cierto nacionalismo cotidiano que a veces caía en lo grotesco. Se hizo imprescindible tomar mates; el dulce de leche se pudo reemplazar con paciencia y leche condensada, pero no hubo fórmulas para el de batata. Recuerdo que cierta tarde encontré *viandada* argentina en el supermercado de *El Corte Inglés*. Cargué, entre alegre y orgulloso, varias latas en el carro de la compra. Por fortuna, antes de llegar a la caja, ya había reflexionado acerca de esa emotiva acción: en la Argentina, la *viandada* me parecía repugnante, jamás comía esa misteriosa carne enlatada, ¿por qué tenía que gustarme en España? Regresé las latas a las gondolas y comprendí que la distancia agranda peligrosamente cierto color local que padecemos los argentinos.

Esto no sólo se advierte en la gastronomía; también lo padece la literatura. En muchas obras escritas fuera del país abundan los bares, las confiterías, las plazas y calles de Buenos Aires, todo minuciosamente descrito hasta conformar una suerte de catálogo de usos y costumbres; para que no queden dudas de que, aunque escribamos «aquí», seguimos «allá».

Prescindiendo de esa literatura de la tarjeta postal, la distancia fue un hecho positivo para la ficción lati-

noamericana, enriqueció su escritura. Para espanto de los académicos (aún se oyen los ecos de la polémica Sarmiento-Andrés Bello y Borges-Américo Castro), nuestra mejor literatura nunca se conmovió por las inquietudes de la Real Academia. Jamás analizamos un texto a la búsqueda de galicismos, anglicismos, lunfardismos o cualquier otro ismo que pudiera perturbar la «pureza» del idioma. Sobre la base de esa buena costumbre, incorporamos sin culpas nuevos giros y modos que recogimos en el exterior. Acaso es la mejor muestra de la tan mentada «literatura del exilio».

En marzo de 1984, la Argentina estaba a punto de recuperar la democracia y se vislumbraban posibilidades de volver. Curiosamente, el problema del regreso fue tan hondo como el de la partida. Habían sido muchos años y muchas cosas; y estaban los hijos. Habían nacido en España y ya eran dueños de otras costumbres, otro acento, otros gestos y otras historias. Uno les hablaba del 25 de mayo de 1810, y ellos estudiaban el 2 de mayo de 1808; no sabían de la Batalla de San Lorenzo, pero sí de la Rendición de Breda. La indignidad de las Malvinas, para ellos era Gibraltar. Sabían quién había sido Franco, preguntaban quién fue Perón. Regresar se convirtió en una decisión personal e intransferible que trascendía el espacio de la literatura.

Recuerdo que íbamos por la calle Provenza de Barcelona. Los hijos jugaban delante, nosotros hablábamos de regresos. Se detuvo de golpe y me dijo:

— ¿Te das cuenta? Camino por aquí con la seguridad de que no se cruzará un Falcon; con la tranquilidad de que no bajarán cuatro tipos y en un segundo te meten en el coche. Los pibes gritando, la gente espantada y vos convencido de que te llevan para siempre. No te imaginás las noches y días que pasé hasta desterrar al Falcon. No me atrevo a caminar por esas calles; quizás alguna vez regrese, ahora no.

Había sido testigo de uno de los tantos secuestros a plena luz y en plena calle. Sólo por eso debió partir, y sólo por eso se quedaba. Era uno de los doscientos setenta mil argentinos que en aquella época vivían en España. Muchos volvimos, sabíamos que a partir de los años 30 la Argentina había vivido desde la farsa liberal hasta el monólogo populista; el último acto había sido una tragedia fascista. No sabíamos cuál iba a ser la próxima escena, pero confiábamos en que tribunales legal-

mente constituidos iban a juzgar a los responsables de tamaña masacre.

No nos equivocamos. O sólo nos equivocamos en parte. Los criminales fueron juzgados y condenados; después debimos soportar la humillación del Punto Final y la Obediencia Debida. Para cerrar ese círculo de oprobio, el actual presidente amnistió a los asesinos de uno y otro bando y, ya lanzado en ese lamentable delirio, acaba de justificar el atroz accionar de las Fuerzas Armadas.

A veces pienso en aquel argentino que paseaba conmigo por la calle Provenza de Barcelona. Él se había quitado el fantasma del Falcon; nosotros no queremos olvidarlo.

Vicente Battista

Con octubre en los hombros

El pudor —un don tan habitual en Argentina— y el excesivo respeto a todo cuanto para los argentinos se contiene en la palabra España han colaborado para que en esta memoria apenas aparezca una dimensión particularmente sombría de su reciente época de exilio forzoso: el desdén con que muchos de ellos fueron recibidos en mi país.

Un desdén que a ellos los llenó de estupor y tristeza y a algunos de nosotros nos llenó de vergüenza. Las páginas que siguen, y que publiqué en su día en periódicos españoles, dan noticia de aquella ocasional abominación.

Prexenofobia

Tras entregar el pasaporte a un funcionario de Aduanas, un conocido mío, de nacionalidad argentina, oyó cómo alguien murmuraba sin disimular el fastidio: «¡Otro argentino, vaya plaga!». Pese a la timidez que se supone en todo expatriado que no viaja por turismo, sino en busca de una ración de dignidad y de un modo de sueño en calma, mi amigo tuvo la suficiente presencia de ánimo como para no omitir una legítima respuesta, que fue a la vez una lección de historia: «Si por cada español que ha vivido en Argentina me da usted una sola peseta, y por cada argentino que ha vivido o que vive en España le doy diez pesetas yo a usted, ya no tengo que preocuparme por encontrar trabajo». El funcionario selló el pasaporte a mi amigo, se lo entregó en silencio, y un argentino más entró en España.

Para los argentinos empieza a haber otra aduana cuyo cruce es más complicado, más fatigoso, más kafkiano: la falta de estimación sin condiciones, la falta de respeto sin desconfianzas paranoicas, la falta del cariño debido a todo ser que ha nacido de madre y cuyo verdadero pasaporte internacional se llama la necesidad. Y esa necesidad está encontrando cada vez menos respuesta solidaria. En ocasiones ya no encuentra ninguna. En España se ha podido leer en algunos letreros de pensiones y de departamentos de alquiler una advertencia infame: «Abstenerse argentinos». Esto se llama xenofobia, que es la palabra refinada con la que denominamos a cierta forma del desprecio. Nadie que no cierre los oídos puede ignorar que en algunos sectores de nuestra sociedad hay malestar por el arribo masivo de oriundos del Cono Sur americano, y en particular de Argentina. Que durante años España, y otros países europeos, hayan sufrido las mayores o menores estafas de argentinos irresponsables (y esto es un hecho, pero hay estafadores en todas partes, en España también), no nos autoriza a vengarnos en los muchos miles de argentinos responsables

que hoy necesitan nuestra ayuda. Que algunos argentinos ejerzan una arrogancia estúpida, como prácticamente todas las arrogancias, no nos autoriza a cometer el desatino de ignorar que la mayoría de los argentinos no son más altaneros que muchos españoles. Pueblo a pueblo, todos somos semejantes, y perfecto no hay nadie. Aquellas semejanzas y estas imperfecciones son las que convierten la solidaridad en una obligación. La ayuda no es jamás un regalo y sí es siempre un deber.

Con respecto al asunto concreto del arribo masivo de hispanoamericanos, téngase en cuenta que la inmensa mayoría de cuantos hoy precisan de la hospitalidad de su recién hermana España (antes era «la madre patria», fórmula mucho menos precisa y, a veces, según quién lo expresara, ridícula) no son ni violentos ni fanáticos y ni siquiera militantes de partidos políticos, sino profesionales extenuados, individuos pacíficos que se ahogan de miseria y de miedo en sus respectivos países de origen. Que el miedo y la extrema inflación son plato cotidiano y bien colmado hoy en el Cono Sur, es algo tan obvio que el decirlo aquí, una vez más, no pasa de ser mera retórica. Quiero agregar que el hecho de que la mayoría de estos expatriados no hayan tenido en sus países otra vinculación con la política que un natural horror por tantas muertes y desapariciones como ensucian a la llamada especie humana y que abarrotan hoy los ficheros de *Amnesty International*, no supone que a los expatriados que abandonan no un clima cotidiano de miedo y de pobreza galopantes, sino persecuciones concretas, y muchas veces escandalosamente arbitrarias, no les asista el derecho, ya urgente, de un estatuto del refugiado político. Ni el Parlamento ni el Senado ignoran que esta cuestión mira hacia los escaños con esperanza e incluso con angustia y que la prensa democrática está aguardando ofrecer pronto una noticia. Pero este asunto corresponde al Gobierno y a la Oposición. Los ciudadanos sin poder político no estamos, sin embargo, exentos del deber de la hospitalidad. Sé muy bien que la situación laboral y económica de la España actual no está sobrada de recursos. Pero es que si todos los españoles fuésemos millonarios, la hospitalidad consentiría un nombre bastante más trivial: agasajo. El verdadero humanismo de la hospitalidad consiste en repartir lo poco que se tenga. Cuanto menos se le pueda ofrecer al viajero, pero de corazón, más rico se le hace.